

Referentes, de Emma Thespesia (Cuenca)

Como no podía ser de otra forma, todo empezó contigo, mi querida Jane. Recuerdo leerte siendo una quinceañera, enamorada del amor, suspirando en cada una de tus páginas. Ahí escribir se convirtió en mi afición. Un par de años más tarde logré captar la ironía que rebosaban tus palabras, lo que antes me hacía suspirar ahora me hacía soltar una carcajada. Entonces escribir se convirtió en mi vocación.

Cuando llegué a mi carrera no me sorprendió encontrarme en la bibliografía únicamente con Mary Shelley y Virginia Woolf; el resto de nombres, como no podía ser de otra forma, eran de hombres.

En aquel entonces yo era una escritora terrible, de las que leían cada día y escribían una vez cada seis meses... de milagro. Mi buen hermano, estudiante de filosofía, escribía más que yo. Recuerdo una tarde en la que hablábamos sobre literatura. Él hablaba de que cada vez había más escritores que solo se interesaban por publicar mucho y contar poco. En mi cabeza rondaba un dato que me parecía más preocupante.

– Lo que me parece sorprendente es que en toda la historia de la literatura haya habido tan pocas mujeres escritoras.

Él me miró, asintió y dijo:

– Como te estaba diciendo, ahora todo es...

No comentó nada acerca de lo que le expuse. ¿Lo que dije era de tan poco interés? ¿Era una observación absurda y no sabía cómo decírmelo sin herir mis sentimientos? ¿Acaso me había escuchado?

Las clases seguían, más hombres aparecían en la historia de la literatura, y yo esperaba encontrarte a ti, Jane Austen. ¿Dónde estaban el resto de nuestras compañeras? ¿Es que no íbamos a hablar ni siquiera de Emily Dickinson? Mucho hablaron de la generación del 27, pero ni una palabra de las Sinsombrero.

Quise escribir uno de esos días milagrosos donde parece que alguien te impulsa a hacerlo, pero cuando puse mis dedos sobre el teclado, me congelé. ¿Sobre qué debía hablar, si lo íntimo parecía salirse del canon impuesto, si lo que yo como mujer vivo no interesa al resto del mundo? ¿Cómo me atrevía siquiera a pensarlo, si grandes escritoras no eran suficientes para hablar de ellas años y siglos más tarde? ¿Y las que sí aparecían en mi bibliografía de clase? Con vidas llenas de dificultades, pérdida de amistades y familiares, suicidios. Tan brillantes, quizás demasiado brillantes para este mundo. A una se le van las ganas de escribir, de vivir.

Pues seré mediocre, me dije yo. Y aquí estoy años más tarde, escribiendo a mis hijas del presente y del futuro para decirles que nos han mentido. Hay muchísimas escritoras, con textos tan o más relevantes que los que aparecen en el canon que nos intentan vender. Porque hablar de nosotras sí interesa. Y a quien no le interese, que viva en su limitado mundo. Esas mujeres, las que tuvieron descendencia y las que no, son nuestras madres. De ellas debemos hablar, sobre ellas debemos investigar y por ellas debemos escribir sin temblar.